

# Ferias del libro

*Jaime Augusto Shelley*



EN UN RÉGIMEN POLÍTICO QUE LOS PERVERSOS llaman —y los estúpidos repiten— democracia, cuando a todas luces es, simple y llanamente, una oligarquía ya descarada, se han corrompido, en el proceso de la depredación total de nuestro país, aparte de las riquezas naturales —el agua, el aire, los bosques—, los patrimonios de la Nación —petróleo, gas, minería, suministro de electricidad, vías de comunicación y un largo etcétera— y los valores éticos y culturales, la educación y la convivencia social.

En el plano de las actividades artísticas también hemos sufrido el devastador despliegue y dominio de una globalización de la mediocridad. Ello no es privativo de nuestra sociedad. Se puede ver en casi todos los



Fotografías: Alejandro Arteaga

países. Es un plan maestro de control y manejo de los bienes de consumo de los pueblos. El dichoso *uno por ciento* ha llegado a determinar y a hundir, sin miramientos, a todas las sociedades bajo su férula.

Esto es algo que tiene que ver con el nivel intelectual de nuestras clases dirigentes. En el caso de México, se debe a una plutocracia con características indudables de *lumpen-burguesía*, muy colonizada, gentuza que ha arribado al poder político, empresarial y financiero por vías de legitimidad por demás sospechosas —si no de plano criminales— y que, desde posiciones de autoridad, dictan usos y costumbres a esta sociedad mexicana, tan dada a seguir sus —desde la Colonia— inclinaciones imitativas.

La Feria del Libro universitaria, la primera en su género, cumplía hace ya muchos años con el sano propósito de poner en manos del lector libros con descuentos. El principal afán de los exhibidores era librar a sus almacenes de una pesada carga de inventarios y, de esta manera, contar con espacio suficiente para continuar editando. Se recuperaba inversión, tal vez con menos ganancias, es cierto, pero se cumplía con una función importante: acercar al lector libros a precios mucho más accesibles. Todos salían ganando.

Con la virtual toma del poder de las trasnacionales en el campo editorial mexicano, la estrategia cambió. Se trató de vender mercancía, de difundir productos, de establecer —tipo supermercado— los puntos de venta más atractivos para ofertar su libro-chatarra, tal como lo hacen cotidianamente, en cualquier librería y, claro, sin cambiar de precio.

¿Qué utilidad tienen entonces estas pomposas manifestaciones que quieren aparentar un espíritu noble, desinteresado, con fines de beneficio social cuando son, en verdad, meras actividades con tintes de lucro empresarial? ¿A quién sirven?

Hay pocas librerías en el país, en la ciudad de México se pueden contar con los dedos. En otras ciudades importantes como Monterrey y Guadalajara, hasta hace poco, la oferta era mínima.

En los años setenta, el FCE emprendió una ambiciosa expansión y estableció, con éxito, en muchas ciudades de la República, librerías que permitieron romper con el aislamiento provincial. La iniciativa privada puso el grito en el cielo, argüía que se trataba de una competencia desventajosa que los estaba arruinando. Se dieron instrucciones de cerrar todas las nuevas instalaciones. Nunca se sabrá a qué costo. Hubo de nuevo un vacío total, ya que nadie cubrió la demanda.

No aparecieron empresarios emprendedores que arriesgaran. Finalmente, las grandes corporaciones que compran la mercancía con enormes descuentos se lanzaron a la conquista de plazas con florecientes economías, apoyando sus esfuerzos con múltiples ediciones de materiales de autoayuda, muy solicitados por la pequeña burguesía de provincia, seguidora de la escuela Cornejo y similares.

También hay ahora, en algunas capitales de los estados, librerías que ostentan el nombre del Consejo para la Cultura y las Artes (aunque con la conducción de gente local), que obedecen a criterios *sui generis* y, por ello, son caprichosamente administradas; muchas tardan en actualizar sus inventarios y, en algunos casos, ponen sobreprecio a sus libros.

Las ediciones mismas, al paso del tiempo, han sufrido un deterioro significativo. Para ahorrar costos, se empezaron a producir materiales de mala calidad y poca durabilidad. Ya es difícil encontrar gente que preserve sus libros y forme una biblioteca. La encuadernación es deficiente y, al cabo de poco tiempo, los textos se deshojan con facilidad. La gente acaba tirándolos. También es cierto que la mayoría de los títulos no posee, en su contenido, valor alguno.

Fin del círculo vicioso.

¿Sirve de algo quejarse? No lo creo. Es una forma, tal vez ingenua, de dejar constancia. Y de aclararle a los merolicos en el poder que no todos los ciudadanos somos sujetos de manipulación, ni somos estúpidos.

Hace unos meses, el rector de la UNAM, José Narro, dijo en un discurso: “el silencio es un cobarde cómplice de los desastres”. No se podría expresar mejor. Lo malo es que hace ya treinta años que estamos inmersos en un desastre cada vez mayor, sin tocar fondo, sin ver la luz al final del túnel, sin que haya a la vista un plan de salvación y, lo peor, sin una sociedad dispuesta a rebelarse, a luchar.



Las voces aisladas no interesan a nadie. Y el nivel sigue cayendo, al unísono de las propuestas degradantes de la televisión —gran guía espiritual del pueblo y elector indiscutible— con su gran carga, en todos los órdenes, de productos milagrosos.

La partidocracia y la mediocracia, sin una frontera visible entre ellas que las distinga, dominan, desde las alturas, todo ejercicio cívico y político, o al menos su simulacro, gracias al cual se simulan un orden y una estabilidad, aunque ésta no cesa de quebrantarse por las continuas pugnas entre sí, por feudos de poder que se disputan o debido a la soberbia o la ineptitud de los participantes, que es sobrada.

Quienes avizoran un cambio o mejoría por medio de la “democrática” elección se engañan. Se ha dicho en otras ocasiones —mas debe repetirse— lo dicho por Saramago, en una visita a nuestro país (¿nuestro país?): “no es un gobernante, ni un partido lo que está mal y debe cambiar. Es la sociedad toda, que está enferma” (*cito de memoria*). Nadie hizo caso.

Más de la mitad de la población mexicana vive en la pobreza o pobreza extrema. La desigualdad se ensancha, se establece como algo natural.

¿Así lo quiere Dios? 